

DOS VISIONES DE LA INTEGRACIÓN AMERICANA:
COMENTARIOS REALES, DEL INCA GARCILASO DE LA VEGA
Y CRÓNICA MEXICANA, DE FERNANDO ALVARADO TEZOZÓMOC¹

ALEJANDRO GONZÁLEZ ACOSTA*

[...] La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos[...].

José Martí, *Nuestra América*

Patria, naciste de los leñadores,/ de hijos sin bautizar,/ de carpinteros,/ de los que dieron como un ave extraña una gota de sangre voladora,/ y hoy nacerás de nuevo duramente,/ desde donde el traidor y el carcelero/ te creen para siempre sumergida./ Hoy nacerás del pueblo como entonces. /Hoy saldrás del carbón y del rocío.

Pablo Neruda, *Canto general*

INTRODUCCIÓN

No siempre la Historia es escrita por los vencedores, afortunadamente. Ejemplos hay que demuestran la presencia de los “vencidos” en la tarea de fijar, interpretar y proyectar –sutil o abiertamente– la acción de los hombres a través del tiempo.

Quizá sea apropiado recordar que la Historia no debe ser –y cada día lo es menos– la simple consignación erudita del dato o la fecha precisa porque es, también, la valoración, la interpretación y el aviso de los sucesos: no es sólo la búsqueda en el pasado, sino la mirada desde el presente, con luz de raíz hacia el futuro.

En alguna parte de su obra, Stefan Zweig (de manera precisa en *El mundo de ayer*, sus memorias) hablaba de su predilección por la humilde figura secundaria, olvidada u opacada, que explicaba todo un siglo: entre Aquiles y Tersites, el historiador austriaco se inclinaba por el segundo, plebeyo y deforme, como expresión de la cotidianidad más reveladora, la visión de “los de abajo”.

* Universidad Nacional Autónoma de México.

¹ Una primera versión de este artículo fue publicada originalmente en la *Revista de Historia de América* 110 (1990) pp. 45-63, y obtuvo en 1990 una Mención Especial del Concurso Internacional de Ensayo sobre el Inca Garcilaso de la Vega convocado por el Gobierno del Perú, a través de su Embajada en México, y el Instituto Panamericano de Geografía e Historia de la OEA. Para esta publicación se revisó el texto original, se rectificaron algunas afirmaciones y varios juicios un tanto absolutos y se enriquecieron otros, sin afectar el sentido original del texto.

Esta Historia americana es historia de muchos Tersites, herencia y compromiso a un tiempo; anda llena de hechos de gigantes, sucesos reales y fabulosos que van marcando un sangriento camino hacia las estrellas. Es la Historia de los hombres, hecha a su imagen y semejanza; y es también la relación de un parto doloroso de colosos llenos de sueños y de miserias.

TEZÓZOMOC Y GARCILASO: DOS VISIONES DE UN MISMO PROBLEMA

La conquista de América y la caída de dos imperios como el azteca y el inca, supuso la reflexión y, bajo condiciones específicas de supervivencia, la reafirmación de valores prehispánicos en todos los que experimentaron el derrumbe de su universo y aquella “orfandad cósmica” arguediana que se resume en la dolorosa frase repleta de melancolía que cita el Inca Garcilaso: “Trocósenos el reinar en vasallaje”.

Si a escala social estableció una ruptura tremenda y total con el mundo anterior a la llegada del europeo, resulta ilustrativo y quizá iluminador contemplar, en ciertos casos específicos, el desajuste psicológico que como reflejo en el individuo produjo esa enorme equivocación histórica que fue la conquista americana.

Pertenecientes a dos contextos diferentes, unidos por el trazo común de la conquista, la historiografía ofrece los casos, singulares por razones varias de Fernando Alvarado Tezozómoc, en el Virreinato de la Nueva España y del Inca Garcilaso de la Vega, en el Virreinato del Perú.

Varias son las coincidencias que nos mueven a considerar estos dos casos: en primer lugar, que ambos parten de

posiciones personales muy similares, por ser de orígenes indígenas y provenientes de casas reales; ambos son, igualmente, “asimilados” por la cultura opresora dominante española y, en segundo lugar, aunque escriben sobre diferentes contextos –México y Perú– lo hacen con una curiosa sincronía, pues casi al mismo tiempo que el Inca compone sus formidables *Comentarios Reales*, Tezozómoc elabora su *Crónica Mexicana*; existen criterios de que este último lo hacía en 1598 y el primero ya tenía acabada su obra en 1604:² seis años en común, apenas un lustro donde se estaba gestando, por parte de una “primera generación colonial” la nueva visión no sólo del mundo americano, sino –más importante– de su proyección futura por el impulso de dos personajes en posición sumamente privilegiada para vislumbrar el acontecimiento histórico que se avecinaba: la formación de una distinta y ya incipiente identidad.

Esta indagación resulta doblemente azarosa pues implica sumergirse en dos contextos diferentes y la búsqueda extensa que ello supone. Laurette Séjourné ha explicado esta situación en los siguientes términos:

En el momento de la conquista, la civilización nahua del altiplano mexicano se extendía hasta Nicaragua; el conjunto de lengua quechua abarcaba desde el Ecuador hasta Argentina y Chile. Los dos imperios, si bien descansaban sobre bases psicológicas y sociales aná-

² Orozco y Berra (151) señala 1598 como el año de redacción de la *Crónica Mexicana*. Además, supone que Tezozómoc conoció y trató a Sahagún y Torquemada. El Inca publica sus *Comentarios* en 1609, pero Miró Quesada (XXIX) afirma que ya los tenía terminados en 1604.

logas, presentaban una diferencia fundamental: mientras que el imperio inca constituía la primera tentativa de unificación y acababa de imponer el quechua, el imperio azteca, en cambio, iba a la zaga de una unidad anterior y extendía su poder sobre poblaciones que hablaban la misma lengua desde hacía largo tiempo.

La consecuencia esencial de esta diferencia fue que las tradiciones históricas respectivas no tuvieron el mismo grado de fuerza: en tanto que la sólida estructura mexicana transmitió una avalancha de documentos relativos a su pasado y despertó un auténtico fervor entre los estudiosos durante el primer siglo de ocupación, lo grandioso quedó cerrado sobre sí mismo hasta el advenimiento de la arqueología. Ahora bien, hemos visto que el vacío histórico era una condición indispensable para el establecimiento y la aceptación de una ideología que no podía enraizarse más que despojando a la cultura aniquilada de su profundidad en el tiempo, transformándola en una superficie neutra y plana destinada exclusivamente a reflejar lo que se proyectaba sobre ella...³

Creo justificada la extensa cita de L. Séjourné porque aborda y resume varios elementos importantes para tener en consideración: en primer lugar, la diferencia en cuanto a consolidación del imperio entre los mexicas e incas; en segundo término, la mayor cantidad de fuentes directas para la información del imperio sujetado por Cortés, que las existentes en el dominado por su primo Pizarro; sin embargo, debo señalar que mientras el Inca Garcilaso cuenta con una

gran cantidad de valiosos estudios críticos sobre su vida y obra, Tezozómoc no ha disfrutado de igual suerte, pues son pocas y contradictorias las opiniones que sobre él se han vertido.⁴

Otro elemento que acerca a El Inca y Tezozómoc es el detalle colateral de su relación con el jesuita José de Acosta y su obra *Historia Natural y Moral de las Indias* (1588): Garcilaso la señala como una de sus fuentes, y así la cita en repetidas oportunidades en sus *Comentarios*; si hemos de creer a Alfredo Chavero⁵, el autor mexica bebió de la misma fuente de consulta que el padre Acosta, la cual sirve de información tanto a estas dos crónicas, como al "Códice Ramírez", al padre Durán y a un misterioso manuscrito "X", del que no se tiene noticia directa, pero esto hace coincidir sus respectivas narraciones en numerosas oportunidades. Descubrimientos posteriores, como los realizados por Orozco y Berra, demuestran que el jesuita Acosta plagió esa fuente, a la cual tuvo acceso y nunca citó.

El Inca Garcilaso y Tezozómoc tienen la doble condición de los "asimilados": se encuentran injertados en un tronco de predominancia hispánica, aunque de raíces indígenas. Son no sólo "mestizos lingüísticos", sino "mestizos psicológicos", con todo lo que ello supone: obligados a aceptar una nueva realidad, en el plano más íntimo de sus conciencias se produce la lucha entre los valores heredados y los impuestos; racionalmente tratan de encontrar una síntesis integradora que

³ Laurette Séjourné, *Antiguas culturas precolombinas*, p. 154.

⁴ Añádase esto como una complejidad más de la indagación.

⁵ Manuel Orozco y Berra, Pról. a *Crónica Mexicana*, Fernando Alvarado Tezozómoc, 162 y et seq.

permita su colocación dentro de la sociedad, y no sólo eso, sino algo mucho más importante dentro de mi modo de ver y que condiciona su visión del problema americano y la proyección del mismo: ambos pertenecen a la clase más poderosa y dominante antes de la llegada del Conquistador, son príncipes reales en los dos casos y la transformación de su mundo no sólo les implica la pérdida de su identidad étnica, sino la postergación de sus intereses de casta. Se encuentran en una situación correspondiente –no similar– a la de los príncipes cautivos por los romanos, quienes aunque dentro del “civitas” imperial, carecen del reconocimiento oficial que entienden corresponde a su clase. Esta doble condición determina una especial manera de pensar, ver y transmitir su mundo, pasado y actual, y establece la base de un progresivo solapamiento integrado a las respectivas identidades nacionales, ocasionado por la fuerza de las circunstancias, y que obliga al lector a leer, no sólo entre líneas, sino aun entre cada palabra, buscando el significado real y definitivo de lo expresado. Tanto el Inca como Tezozómoc son significativos no tanto por lo que dicen, sino por lo que no dicen, con todas las inferencias y deducciones a que esto puede prestarse. Sus obras, contempladas así, resultan enormes criptogramas destinados al futuro.

En atención a lo anterior, cabría deslizar si tanto Tezozómoc como el Inca vendrían a ser no sólo representantes de un bilingüismo definidor, sino de algo así como un “bipsiquismo” que iluminaría las numerosas alusiones a su pasado indígena bajo un tinte especial, pues sus obras serían no sólo la reivindicación de una raza sino de una casta en especial

que lucha por trasplantar sus privilegios dentro de nuevas condiciones históricas. En los dos casos, se observan frecuentes coincidencias al señalar sus fuentes de clase en fabulosas genealogías de origen divino, que ambos cuidan de “enmen- dar” acto seguido, una vez cumplido su propósito secreto de “comunicar”. Por todas estas similitudes, haciendo salvedad de sus contextos específicos, a grandes rasgos y en sentido general, creo se puede parangonar a estos historiadores.

La estructura de sus obras resulta significativamente coincidente también: la *Crónica Mexicana* consta de ciento diez capítulos que narran desde “la Descendencia y linaje venida a esta Nueva España de los indios mexicanos que habitan en este nuevo mundo...” hasta la llegada del conquistador español y el quebramiento de la cosmovisión que ello produce en los indígenas; los *Comentarios Reales*, por su parte, después de una introducción de carácter lingüístico y geográfico, nos narra la historia de los Incas hasta las primeras noticias habidas en el Cuzco sobre la llegada de los españoles. En los dos casos, los autores anunciaron una segunda parte de sus historias, que recogieran los sucesos de la conquista: del Inca se publicó póstumamente su “Segunda Parte” de los *Comentarios Reales*, bajo el título de *Historia General del Perú* y Tezozómoc, por su parte, nos dejó su *Crónica Mexicayotl* (ver nota 6).

Estilísticamente, los dos obras en cuestión difieren: mientras que la prosa del mexica es ruda y desmañada, la del Inca es culta, pulida, con todo el vuelo de un humanista que ha traducido a León Hebreo y leído las producciones de los clásicos renacentistas. Podría hablarse, dentro del plano de la integración general,

de una mayor asimilación de la cultura dominante en el Inca que en Tezozómoc. Por otra parte, el segundo escribe su obra en medio de la sociedad colonial, limitada en recursos de información, mientras el primero lo hace en la metrópoli, donde frecuente el trato y el intercambio con otros escritores, que le aprecian. En Garcilaso puede hablarse hasta de un propósito literario, mientras en Tezozómoc la tarea es más puramente la de historiar.

Mientras Orozco y Berra reconoce a la *Crónica Mexicana* como la obra más genuina de la tradición mexicana, Menéndez Pelayo no escatima elogios sobre los *Comentarios Reales* que decididamente valora como lo primero y mejor de la literatura americana.

Es verdaderamente significativo que tanto en uno como en otro autor, exista un rechazo explícito a las tradiciones religiosas de sus antepasados indígenas, pero es también curioso que en ambos este rechazo aparece a continuación de la narración pormenorizada de estas creencias, pues ante la opción del silencio o la crítica, seleccionaron ésta como recurso de “cobertura” muy eficaz. Sobre el caso de Tezozómoc, Chavero ha apuntado:

La Crónica de Tezozómoc presenta la leyenda en su prístina sencillez; tiene el sabor de esas relaciones conservadas desde tiempos remotos por los pueblos salvajes, transmitidas de generación a generación con ciertos visos de lo prodigioso y lo fantástico; pinta las hazañas y las costumbres de los héroes con cierta elevación unida a la rusticidad que tanto encanta en los personajes de *La Ilíada*...⁶

⁶ *Loc. cit.*

El caso del Inca Garcilaso es, sin duda, más complejo. Se siente y asume como el único heredero del fabuloso pasado incaico y adivina su enorme responsabilidad histórica al transmitir la conciencia de ese legado dentro de las nuevas condiciones creadas por la colonia. Sobre la relación entre el coloniaje y la conciencia nacional, Raquel Chang-Rodríguez ha apuntado que fue el Inca “quien primero avizoró la realidad peruana como un complejo mosaico ubicado en un común espacio geográfico...”⁷ Y más adelante en su trabajo agrega:

Estudioso de la cultura neoplatónica, Garcilaso ve la conquista como vía para llevar a cabo un mestizaje donde estas razas y culturas estarían ligadas por el amor. Con esta integración se restablecería la unidad primigenia y nacería un mundo más perfecto –el mestizo...

Esto evidencia con saciedad el carácter mestizo militante del Inca, que formado dentro de una tradición de respeto a la legalidad del incario, acepta la situación “de facto”, aunque no “de jure” y asume constructivamente la tarea de entender el nacimiento de un nuevo mundo. En efecto, como señala Chang-Rodríguez, “aceptan lo irremediable: la autoridad de la Corona”,⁸ para lo cual se encontraban muy capacitados por el precedente autoritario de la formación económica social anterior, de corte teocrático-militar y paternalista. Esta autora esboza algunos

⁷ Raquel Chang-Rodríguez, “Coloniaje y conciencia nacional: Garcilaso de la Vega Inca y Felipe Guamán Poma de Ayala”, en *Caravelle*, núm. 38, p. 36.

⁸ *Ibid.*, p. 42.

elementos relacionados con el “interés de casta” que se adivina en el Inca al proponer su versión del pasado: en efecto, como ella destaca, “en un plano ideal el Inca es doblemente noble” y no sólo eso, sino que “... los deseos del Inca de configurar el pasado tal y como lo concebían sus ilustres parientes miembros de la aristocracia cusqueña” hacen que entre en abierta contradicción con otro estado de conciencia, mucho más “subversiva” que ya en la época tiene su agudo representante en Felipe Guzmán Poma de Ayala y su obra *Primer nueva crónica y buen gobierno* (ca. 1615), donde propone, en vista del fracaso integracionista y evangelizador de la colonización, la creación de un gobierno indígena sobre el modelo incaico.

La voluntad integracionista del Inca dista de ser una actitud puramente teórica e intelectual: su propia proyección vital es una muestra de ello. Ha sido el destacado estudioso de su obra, José Durand, autoridad mundial en el esclarecimiento de todo lo relacionado con el escritor cuzqueño, quien ha señalado que las armas del escudo hispano que adopta el Inca Garcilaso de la Vega combinan la “mascaipacha” –o borla imperial incaica–, la “amaru” –serpiente–, el arco iris, el “Inti” –sol– y la “Quilla” –luna– con los blasones de Vargas, Suárez de Figueroa, Saavedra y Hurtado de Mendoza. Este gesto tiene un agudo dramatismo: entre dos mundos, fuertemente jerarquizados ambos, el Inca trata de probar su “realeza” de sangre, para aspirar al reconocimiento de los privilegios que entiende le corresponden. Nadie le concedió ese escudo, que él graciosamente se arrogó y dibujó a su capricho: a nadie tampoco

molestaba esta extravagancia del “indiano”. Habría que pensar también, en un plano más humano y cercano a su entraña, cómo rumiaría su despecho mientras elaboraba sus *Comentarios Reales*. Enrique Pupo-Walker ha señalado que:

Al constatar la directriz autobiográfica del texto, lo que en un principio nos pareció una relación histórica de causalidad lineal, ahora tendremos que verla como escritura que se ocupa de sí misma y que por lo tanto diversifica de manera excepcional sus funciones expresivas. Para el Inca que vivía como mestizo en un contexto social e histórico indefinido, los “Comentarios” serán, en primer lugar, el vehículo que establece en su sentido amplio la solvencia histórica de su persona...

Más adelante, en una nota al pie de página, Pupo-Walker precisa:

Conviene tener presente que Garcilaso, además de mestizo, era bastardo y que reclamaba un linaje real sin prestigio ni antecedentes reconocidos. Situación esa que él intentará remediar desde sus “Comentarios”, al ubicar repetidamente la cultura incaica en el contexto histórico de la civilización occidental.

Esa situación dramática que gobierna la vida de Garcilaso, se reflejará en su obra, marcando hasta el más pequeño detalle. Él necesita “reafirmarse” y utiliza su creación para ello. Por tanto, cabe dudar de la imparcialidad y objetividad de sus juicios, aun en el caso que inconscientemente altere la visión para favorecer sus intereses. De ahí, también como señala Pupo-Walker, que “se instalara en una zona oscilante, la del mestizo ame-

ricano, que era en el mejor de los casos una categoría cultural incierta”.⁹

Y no sólo en los *Comentarios* se apreciará esta actitud del Inca, sino en el conjunto de su obra, que adopta así un tinte tendencioso evidente dentro de su diversidad y magnitud. Continuando con Pupo-Walker:

[...] los *Comentarios Reales* se definen como obra historiográfica y literaria al mismo tiempo, e incluye muy diversas disciplinas como la economía, la sociología, la antropología y otras... El Inca intentará en la “Relación de la descendencia de Garci Pérez de Vargas” (1596) esclarecer su linaje hispano; en los “*Comentarios*” (1609), postulará su concepto de valor humano que se apoya en las virtudes y los logros del individuo y no exclusivamente en la legitimidad.¹⁰

Es decir, lo que hoy podríamos llamar un típico *self-made-man*. Sin embargo, hijo de su tiempo, presta tributo a la época y, a pesar de creer en la virtud como único diferenciador entre los hombres, elabora sus genealogías con paciencia para recabar la concesión de que le reconozcan que él existe: claramente, nunca asumió que él fuera su propio antepasado.¹¹

Al referirse a la publicación de *El Inca Garcilaso: clásico de América*, de José Durand, Franklin Pease señala, coincidentemente con lo ya expresado por Pupo-

Walker, que “Garcilaso, historiador platónico, al otear panorámicamente la plena realidad del pasado incaico, tenía que verla idealizada, como indio que era y también como platónico que era...”. Y más adelante:

Garcilaso quiere defender –al fin de cuentas es lo suyo– una ‘nobleza’ nacida de la conquista, cuyos derechos no eran claramente respetados: a ello apuntaba la dualidad de la categoría nobiliaria”.¹²

Y es que El Inca se mueve entre polos y antagonismos: ¿Príncipe real o mestizo y bastardo? ¿La cultura del Renacimiento versus la cultura del Imperio incaico?, se pregunta Julio Ortega¹³ y añade su análisis de la experiencia imaginaria como fuente documental, al ver en la misma persona al poeta y al historiador, que se detiene a examinar el sustrato real de los mitos y leyendas, en un intento de explicación y “traducción” de su realidad para los profanos.

Cuando se habla de Fernando Alvarado Tezozómoc, todo resulta más nítido. Es un indio de sangre real, en cualquiera de los casos que han manejado los investigadores.¹⁴ Dentro de su expresión ruda y sin aliño, hay una mayor inmediatez: él no teoriza, simplemente expone. Por otra parte, su identidad es mucho

⁹ Enrique Pupo-Walker, “Sobre la configuración narrativa de los *Comentarios Reales*”, en *Revista Hispánica Moderna*, núm. 39-3, p. 129.

¹⁰ *Ibid.*, p. 124.

¹¹ Aludo aquí a la anécdota tan conocida del Mariscal Ney, quien al ser interpelado en un círculo de aristócratas del “ancien régime” sobre su prosapia, respondió con toda la soberbia napoleónica: “Yo soy mi antepasado”.

¹² Franklin Pease G.Y., “Review of *El Inca Garcilaso: clásico de América*, by José Durand”, en *Anuario de Letras*, núm. 17, p. 368.

¹³ Julio Ortega, “El Inca Garcilaso y el discurso de la cultura”, en *Revista Iberoamericana*, núms. 104-105, p. 510.

¹⁴ Carlos de Sigüenza y Góngora es citado por Lucas Alamán en sus “Disertaciones” referentes a la filiación de Tezozómoc, a quien supone hijo del emperador Cuitlahuatzin, sucesor de Moctezuma.

más completa y coherente; aun siendo hijo de “bárbaros” es un hijo legítimo, que desciende directamente de reyes y como tal es reconocido y acatado por sus semejantes. Por otra parte, cuenta a su favor encontrarse directamente vinculado con su contexto originario. No es un “trasplantado” como el Inca en lejanas tierras españolas; él es el señor de señores que vive en medio de lo que fue su imperio, rodeado de estimación y respeto y puede expresarse con sus vecinos en su lengua materna, sin estar obligado como el peruano, a adoptar la lengua del conquistador para hacer su literatura, que por cierto deja ver en el mexicano los costurones de una enseñanza poco asimilada. Si nos inclinamos a considerar la *Crónica Mexicayotl* como obra de Tezozómoc,¹⁵ tendremos que aceptar los juicios de nahuatlatoles quienes señalan que en ella la narración es mucho más fluida y sugerente que en su versión castellana. Su versión del mundo es mucho más realista y consecuente que la que brinda el Inca, aunque en ambas el elemento fabuloso es el trasfondo de todo el escenario histórico. Tezozómoc acepta igualmente lo irremediable y aquí se detiene, pues él no tiene la necesidad perentoria, para sobrevivir en ese nuevo medio, de fabricarse un escudo. En cambio, el Inca es un “avis rara” en su entorno, lo cual le obliga a la disculpa permanente, al razonamiento encubierto y a la ironía sutilísima. En efecto, consta que el Inca fue afectado por la Inquisición no

sólo por su filiación neoplatónica, sino por el carácter ostensiblemente utópico de muchos de sus razonamientos, pues según señala –quizá un tanto absolutamente– Emilio Choy:

[...] toda la obra del genial mestizo estaba llena de la mejor ideología de su tiempo y saturada de un profundo deseo de servir a los pueblos del Nuevo Mundo, particularmente al peruano...¹⁶

Personalmente, no he apreciado un sentido “americanista” en los *Comentarios*, pues sería “pedir peras al olmo” solicitar tal proyección cuando no existía aún una visión global del escenario continental. Creo más bien que Garcilaso es “peruanista” y muy especialmente “pro-inca”. Así, no duda en emplear fuentes un tanto dudosas (la del jesuita Acosta, por ejemplo, muy bien reputada en su momento, y más tarde revelada como formidable plagio, pero siempre francamente tendenciosa, según era de esperarse;¹⁷ para probar, por contraste con el Imperio Azteca, las bondades del Imperio Inca. Quizá por ello Marcelino Menéndez Pelayo señalara en los *Orígenes de la novela* que:

Los Comentarios Reales no son textos históricos: son una novela utópica, como la de Tomás Moro, como la Ciudad del Sol de Campanella, como la Océana de Harrington: el sueño de un imperio patriarcal y rígido con riendas de seda

¹⁵ A pesar de que también se le atribuye a ese cronista de sonorisimo nombre que fue Don Domingo de San Antón Muñón Chimalpain Cuautlemanitzin, me inclino, con otros muchos historiadores, a favor de Tezozómoc.

¹⁶ Emilio Choy, “Garcilaso y la Inquisición”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, núms. 2-3, p. 10.

¹⁷ V. Manuel Orozco y Berra, Pról. a *Crónica Mexicana*, Fernando Alvarado Tezozómoc, pp. 162-167.

de un siglo de oro gobernado por una especie de “teocracia filosófica”.¹⁸

Menos elaborado, nadie considera a Tezozómoc, en cambio, como un pensador de utopías. Su sentido es diferente, pues lo que se propone es salvar una tradición, proteger una identidad, determinar un perfil, hacer trascender una nación. Pero ahí queda: su pensamiento no tiene el vuelo del humanista peruano, pues le falta formación y adiestramiento para ello; empero, es sumamente fiel al recoger cada consejo, la más mínima tradición de su pueblo y exponerla con un a veces demasiado evidente orgullo sin limitaciones ni excusas.

Sin embargo, no es para desestimar el elemento de la ironía presente en la fina prosa de Garcilaso. Es una constante a través de toda la obra del Inca, y muy especialmente en sus *Comentarios Reales*. Se impone, pues, la relectura que recomienda Luis F. Fernández Sosa (ver bibliografía) estimulado por los asertos de Wayne C. Booth en *A Rhetoric of Fiction*, “A Rethoric of Irony” (Chicago–London, 1974). Verdadero maestro en la utilización de este recurso, el Inca desarrolla sus argumentos y exposiciones siempre “entre dos aguas”, afirmando tácitamente o negando por el silencio, recurso este último muy dentro de la tradición incaica, que borraba de sus tradiciones aquellos considerados como inmerecedores del recuerdo.

Tezozómoc es puntual en su narración y claramente tendencioso: cuida de no dejar fuera elemento alguno que refleje la identidad de su nación. Por ello su relato

es de una rigurosa linealidad, de principio a fin. El Inca, en cambio, incluye numerosas interpolaciones y precede su obra de una argumentación que va desde la lengua general del Perú, hasta la descripción geográfica del imperio y las razones de su nombre. El mexica da su batalla en un campo sin preparación, mientras que el peruano organiza cuidadosamente sus fuerzas y expone su historia después de establecer los supuestos que necesita y estos le sirven como hipótesis de su trabajo para llegar a una tesis progresiva. Mientras que la *Crónica Mexicana* es una “obra en sí”, los *Comentarios Reales* viene siendo una “obra para sí”, con conciencia de su proyección y con fines determinados, más allá de la tarea de historiar, entendida ésta como la simple conservación de noticias del pasado.

Fuentes diversas nutren ambas obras, pero de muy distinto orden en cada caso. Tezozómoc es unidireccional en su información: su tradición personal, sumada al testimonio de sus coterráneos y un ligero barniz de doctrina cristiana, le bastan para su *Crónica*. El Inca consulta diversas fuentes, más reflexivo en su proceder y con una voluntad de estilo que en el otro no se aprecia. Su obra no es una herramienta, sino un motor. Por ello consulta a sus parientes, acude a sus recuerdos, hurga en los cronistas y, para no dejar nada útil fuera de su tarea, utiliza hasta *La Araucana*, de Alonso de Ercilla como material de su empresa (ver Bernal). Mientras el mexica tiende a lo particular de su mundo exclusivo –el azteca– el peruano trasciende hacia una universalidad desde lo individual, para lo cual es ayudado por la diversidad de las fuentes.

¹⁸ Marcelino Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la novela*, p. 153.

No es causal que Armando F. Zubizarreta afirme pues que:

Ya el Inca no puede ser considerado como un cronista más [...] ya no es un autor de prestigio casero [...]. Ahora sabemos que, en contacto fructífero con las corrientes y temas más importantes de su época, El Inca consiguió expresar su personalísima situación en el mundo, constituyéndose en vigorosa expresión de un hombre y una sociedad nueva hasta hoy en proceso de definición histórica [...] es posible vislumbrar cómo El Inca se adelantaba en la percepción moderna de la nacionalidad y en el enfoque de la historia cultural.¹⁹

De todo ello, la propiedad incontestable de ese enorme e intenso estudioso del Inca, José Durand, cuando afirma a Garcilaso como “nuestro primer clásico de América”.²⁰

QUETZALCÓATL Y VIRACOCHA: UN MITO INTEGRADOR DE RENOVACIÓN

Un mito puede ser la expresión de un estado de la conciencia colectiva que denota algo más allá de su pura anécdota: quiero decir que no hay mitos casuales.²¹

¹⁹ Armando F. Zubizarreta G., “Garcilaso Inca: un nuevo libro previamente reconocido”, en *Cuadernos Americanos*, núm. 219-4, p. 168.

²⁰ La obra aludida a José Durand es de consulta obligada para todo interesado en la vida y la obra del Inca. Su autor se consagró, con enorme provecho para las letras hispanoamericanas, a la investigación sobre Garcilaso de la Vega.

²¹ Me baso en los planteamientos vertidos en diversas obras por Claude Lévy-Strauss y Roland Barthes. Encuentro especialmente útil en este sentido *La Rama Dorada*, de James Frazer, verdadero clásico sobre el tema.

Por otra parte, después de haber visto coincidencias y discrepancias entre el Inca Garcilaso de la Vega y Fernando Alvarado Tezozómoc, como expresión de dos realidades diferentes, aunque con puntos de contacto, creo puede resultar de interés apreciar la manera en que ellos abordan en sus respectivas obras (*Crónica Mexicana* y *Comentarios Reales*) una misma idea, expresada en dos mitos tan medulares a sus culturas de origen y fundacionales como son los de Quetzalcóatl y Viracocha.

En los *Comentarios...*, el Inca dedica los capítulos XVI, XX, XXI, XXII, XXIII y XXIV del Libro Cuarto y los capítulos XVII, XVIII, XIX, XX, XXI, XXII, XXIII, XXIV, XXV, XXVI, XXVII, XXVIII y XXIX del Libro Quinto a los sucesos relacionados con el Inca Viracocha y sus revelaciones sobrenaturales. En la *Crónica* se produce un fenómeno singular: a pesar de ser el de Quetzalcóatl el mito por excelencia de la cultura mexicana, “el rey de los creadores de México” le ha llamado certeramente Laurette Séjourné (173), apenas aparece relacionado en la obra de Tezozómoc. Esta autora ha señalado también que:

Las aventuras de Quetzalcóatl forman la parte más voluminosa de los libros pintados y de los Anales precolombinos. Con un lenguaje de gran concentración poética ocupan todo aquel horizonte, y su canto, como si fuera devuelto por las altas cimas, rueda de siglo en siglo hasta que llega a fijarse en los escritos coloniales que sirven así de eco a su majestad mítica.²²

²² Séjourné, *op. cit.*, p. 173.

Sin embargo, Tezozómoc sólo lo cita en su *Crónica Mexicana* en las siguientes partes: en el capítulo XXXV, como alusión a una serpiente mágica (p. 347); una brevísima referencia al regreso del dios (p. 369); una escueta explicación del ceremonial de ingreso al Calmecac, atendido por los sacerdotes de esta divinidad (p. 464); una mención junto a otras deidades principales como Xochiquetzatl y Pilzinteuclli (p. 494); un detalle de la ceremonia de consagración del Gran Teocalli (p. 504); una escena de la consagración del templo en el capítulo LXX, como figura secundaria (p. 514) y un poco más adelante la mención del sacerdote del dios (p. 516); una nueva alusión, escuetísima, a su regreso (p. 556); una mención al final del capítulo XCII (p. 618); una ambigua cita dentro de los señores y dioses de Aztlan Chicomoztoc, junto a Ceacatl y Naxitli (p. 659); otra alusión al mito de su regreso, junto a sus compañeros de éxodo Matlacxochitl, Ozomatli y Timal; una más extensa mención en el capítulo CVII, ya con los españoles en tierra mexicana (p. 686) y una identificación de Cortés con el dios (pp. 691-694).

De verdadero peso y significación, sólo las menciones que aparecen hacia el final de la obra destacan de lo incidental de la mayoría de las apariciones de Quetzalcóatl en el resto de la *Crónica*. Si consideramos que es verdaderamente rara la página de la extensa narración en que no se menciona al terrible dios guerrero Huitzilopochtli, apreciaremos un desbalance enigmático en la omisión o muy ligera pasada del autor sobre este mito fundamental, parte consustancial de la cultura mesoamericana, acentuado por el hecho de que en el “Código Ra-

mírez” –aceptado como fuente documental primordial de Tezozómoc– sí aparece, reiterativa y prolijamente, el mito de Quetzalcóatl en su triple acepción como dios, sacerdote y rey.

VOLVAMOS A VIRACOCHA

En un interesante trabajo, William Lee Siemens ha señalado la comparación de este dios-héroe (como Quetzalcóatl) con Moisés, pues recibe una revelación y encabeza un éxodo. También aquí aprecio, como en el caso anterior, puntos de contacto con el mito nahua. Siemens manifiesta la coincidencia de la caracterización de Viracocha con la que universalmente se le concede al héroe, y no sólo eso, sino que además, es el salvador de un orden y un cosmos. Por otra parte, dentro del rígido marco de la transmisión del poder en la sociedad incaica, crea un precedente que va más allá de la costumbre establecida, pues sucede a su padre en vida de éste, por incompetencia manifiesta del soberano. La inusual situación incluye una reconsideración del poder y una nueva transfusión de energía, es decir, una necesidad de renovación. Se trata pues, como en el caso de Quetzalcóatl, de un mito de renovación. Rompe así una imagen del hieratismo y el anquilosamiento imperial incaico. Ambos mitos coinciden, el peruano y el mexicano, en la transformación de la muerte en vida, el caos en orden, lo bestial en civilizado. Esto no se produce ni manifiesta de un modo casual. En la propia cultura española de la época existe el precedente de la abdicación: en 1554, Carlos V cede el trono español y

sus posesiones de Indias a su hijo Felipe II, según cuenta la leyenda, por un motivo de depauperación personal.²³ La actitud de un rey consagrado por Dios transmitiendo en vida el poder es, a los ojos del propio conquistador a quienes están dirigidas las crónicas explícitamente (me cuidó de absolutizar y reservo su sentido implícito por todo lo antes expuesto), no sólo es posible, sino legal y necesaria.

¿Por qué, pues, difieren tanto el Inca y Tezozómoc en el enfoque de la idea de renovación que contienen los mitos de Viracocha y Quetzalcóatl? Siendo tan similares ambas obras en varios puntos, ¿por qué divergen precisamente en éste, especialmente medular y significativo? Propongo que la respuesta se busque en sus motivaciones personales, muy destacadamente, las de casta y ubicación social. Es un hecho que la conciencia social de los individuos está condicionada por las relaciones que guardan con los medios de producción, dicho de forma muy esquemática y sencilla. No fue precisamente un autor marxista, sino un ideólogo católico, quien señaló en una frase la cual me es muy grata que “cuando no se vive como se piensa, se acaba por pensar como se vive”.

No deja de ser una ironía, por ejemplo, que el Inca, el mestizo hijo de la madre india, el descendiente de los vencidos, combata a los moriscos en las Alpujarras, es decir, se enfrente en la Península con los que vendrían a ser sus equivalentes. Es pues, un asimilado, y no sólo eso, sino un convencido de la asimilación.

²³ Cuenta la leyenda que Carlos V decide abdicar en su hijo Felipe II al comprobar que sus manos artríticas ya no le permitían realizar su pasatiempo favorito: la reparación de relojes.

Poco se sabe de la vida de Tezozómoc. Sin embargo, nada parece indicar que haya abandonado en momento alguno su patria. Es —y asume su situación— un vencido.

Aun a riesgo de bordear la especulación (práctica común y útil en el terreno de las Humanidades, como preámbulo del hallazgo), es dable adivinar, a la vista de sus obras, dos propósitos muy diferentes en estos autores.

No es casual, y sabemos que la Corona española fue muy sagaz en detectar los virus que pudieran afectarla, que mientras los *Comentarios Reales* se publican en vida de su autor (a pesar de los altibajos posteriores de la obra), la *Crónica Mexicana* permanece inédita hasta 1878. Siempre cabe suponer que la información explícita, la veracidad y la sinceridad de un autor está determinada por su motivación social, cultural e ideológica y si analizamos sus obras en tanto suceso no sólo histórico, sino literario, se puede abrir más la brecha por donde penetre una sospecha de parcialidad por todos modos justificable. Tezozómoc y el Inca son testimoniantes de una época proyectada históricamente, y teóricos, conscientes o no, de una nueva integralidad americana y española. Están en la raíz de una nueva cultura. Son los pioneros de una “raza cósmica”, en el caro decir de Vasconcelos. Historia, fantasía, magia y mito alternan en sus obras, pero en proporciones diferentes y con diversas connotaciones.

Por una coincidencia histórica difícilmente repetible que confirma el manejado aserto de la América como un “continente mágico”, tanto los mexicas como los peruanos identifican inicialmente al invasor español con sus propios dioses. Hernán Cortés es a Quetzalcóatl lo que

Francisco Pizarro es a Viracocha. Esta formidable equivocación posibilita, aun dentro del plano de la “petite histoire”, que el mundo cambie de faz.

¿Cómo reaccionan ambos escritores ante esto? La visión del pasado indígena prehispánico en cada caso tiene una proyección diferente, aunque los dos coincidan en su matizada exaltación, paliada por concesiones que resultaban, dada su posición, insoslayables. Tanto en uno como en otro, debe tenerse en cuenta no sólo el dolor por la pérdida de su nación nutricia, sino de su condición de privilegiada aristocracia indígena, que España nunca les reconoce plenamente. En el fondo, Garcilaso sigue siendo un príncipe inca, más que un súbdito del Virreinato del Perú; Tezozómoc continúa siendo un cacique mexica, aunque adopte las ropas y usos del conquistador para su vida en el Virreinato de la Nueva España. Esto se evidencia, en cada caso, con matices especiales. La narración de Tezozómoc es la de una persona que asume su descendencia de una estirpe de guerreros: la *Crónica* es una sucesión de guerras, conquistas y sacrificios, con sólo algunas breves y escasas interpolaciones; Garcilaso, en cambio, es un humanista y se asume como tal. Su obra, enciclopédica, se guía por la “ratiocinatio” aristotélica, con sus causales y reflexiones. Si bien es cierto que tanto Quetzalcóatl como Viracocha son “mitos desestabilizadores”, pues cuestionan la legitimidad del poder, estas dos presencias divinas justifican pero no legitiman el dominio español en igual proporción. Es curioso que ambas narraciones mitológicas deriven hacia tiranos usurpadores: Moctezuma es falaz y cobarde –se aprecia que no

cuenta con la simpatía de Tezozómoc²⁴ y Atahualpa ha derrocado a su hermano y transgredido la inviolabilidad de la persona del Inca. Ambos tienen un pecado original en el inicio del ejercicio de su poder.

Esto posibilita y explica que se produzca una estupenda trampa histórica: dos advenedizos se encuentran con otros dos advenedizos, Cortés con Moctezuma y Pizarro con Atahualpa. Casi me viene ahora el refrán español: “Ladrón que roba a ladrón, tiene mil años de perdón”. Y la trampa continúa: Cortés y Pizarro no sólo hacen creer su carácter divino, sino que hasta cierto punto se lo creen ellos mismos y esto resulta, creo, históricamente justificable si nos ubicamos adecuadamente en el tiempo y en el escenario de este “tour de force”, demasiado trascendente para contemplarlo como un enredo de opereta. Lejos de sus moldes, con el poder del Verbo, el Conquistador es una figura autónoma, Rey de Sí Mismo, por primera vez libre de las trabas feudales que le impone la situación española, sobradamente conservadora. Paradójicamente, España inicia la Edad Moderna con hombres de la Edad Media, iluminados con un fuego de

²⁴ No deja de existir una ironía del destino en este problema: los aztecas –invasores– usurparon la soberanía de los territorios mexicas en nombre de una “donación” o “préstamo” que graciosamente les habría concedido el dios Quetzalcóatl, y se cuidaron de aclarar –como advenedizos al fin y al cabo– la transitoriedad de esta situación, pues al regresar Quetzalcóatl, le reintegrarían su reino. Creo que al más alto nivel de la pirámide social, jamás pensaron los gobernantes que esto ocurriría; por ello, al aparecer los españoles, supongo que en estos reyes se operó un mecanismo de sorpresa similar al del clásico cuento del pastor y el lobo, o más clásicamente hablando, al del aprendiz de brujo.

cavernas y palacios: todo es posible en América. Todo sigue siendo posible.

No deja de ser también paradójico que el Inca, historiador humanista, seleccione al dios guerrero Viracocha, batallador y osado, y que al más combativo Tezozómoc le corresponda la tarea de entenderse con el mito del “pacifista” Quetzalcóatl, considerado en todas las tradiciones mesoamericanas como un dios de mercaderes.

Ambos dioses predicen la llegada del fin de su mundo en una profecía que puede identificarse –y así se hará después– con la persona del conquistador español, el cual, desde su primer momento en el continente, supo utilizar los mitos en provecho propio, para después condenarlos como herejías. Ambos historiadores, por su parte, estructuran sus obras hasta ese encuentro definitorio del devenir posterior. Pero lo hacen con matices personales, a pesar de una muy similar situación social, sobre la que ha expresado Sergio Bagú:

En todas las colonias españolas se aplicaron numerosas órdenes reales... eliminando de las funciones públicas, del servicio de las armas y de los centros de estudios a los indios, negros y descendientes de la miscegenación. Era la “gente vil”, ante cuya presencia temblaba la aristocracia mantuana y cuya sumisión por la fuerza se pasó rogando al Rey hasta la hora de la independencia, mientras alegaba que los representantes de la corona la protegían...²⁵

El propio Garcilaso es citado como ejemplo de esto y todo hace suponer que

tampoco Tezozómoc escapó a esta inexorabilidad discriminatoria.

La situación en que estos dos historiadores escriben presenta diferencias que pueden explicar el tono de sus obras: Tezozómoc está afincado en su terruño, escribe en el propio escenario de los sucesos, acude a fuentes orales para calzar su relato, puede hablar su lengua materna y ver a cada paso testimonios del imperio que está consagrando; en cambio, Garcilaso dibuja una silueta trágica, alejado del entrañable Cuzco, acudiendo a sus recuerdos de varias décadas atrás y poseído por la “saudade” y la “morriña” que hurga en las raíces para justificar su presencia en el mundo.

Ambos príncipes, estos autores acatan lo irremediable de la conquista pero buscan salvar en el recuerdo los restos de “lo que fue”, un poco –consciente o inconscientemente– para avizorar “lo que será”. Y en ellos está presente una intensa visión de casta que determina, para el caso del Inca, la adopción del mito de Viracocha como justificador de esa conquista, a la cual lucha por integrarse, en su dramática situación de mestizo y ambiguo social. El mexica, en cambio, soslaya el mito integracionista y renovador de Quetzalcóatl, pues se encuentra más definido, y no duda para exaltar subrepticamente las virtudes guerreras de sus antepasados, con las debidas concesiones al momento cuando escribe. Pero en ambos se aprecia que, llegando a sus privilegios estamentales, aducen pruebas de su “legítimo” dominio.

No tenían otra alternativa. Beatriz Pastor, en la introducción a su memorable y lúcido ensayo sobre el discurso narrativo de la conquista de América, ha precisado

²⁵ *Ibid.*, p. 68.

nítidamente las raíces de este fenómeno, cuando dice:

El proceso de eliminación de la capacidad verbal de los indígenas que se da en el contexto del discurso colombino implica la eliminación de cualquier forma de pluralidad cultural. Del mismo modo que una lengua –la hablada por Colón– se convierte dentro de ese discurso en La Lengua frente al mutismo impuesto por el narrador a los nativos, la cultura occidental que el Almirante representa se presentará como La Cultura frente a un implícito vacío cultural indígena. Colón habla La Lengua y representa La Cultura, y, por ello, es el que conceptualiza, formula y define Lengua, Cultura y Hombre. El que impone y determina formas de intercambio y relación entre España, como representante concreto de la civilización occidental, y América, como futuro apéndice económico y cultural de Europa.

Esta autora ha hablado de tres discursos narrativos en el proceso de la Conquista: el mitificador, el del fracaso y el de la rebelión. Dudo en incluir a nuestros dos cronistas en alguno de ellos y propongo, de modo provisorio y susceptible de ser más extensamente considerado y sopesado, un cuarto discurso (estrechamente vinculado con el primero señalado por Pastor, pero como una variación del mismo) que los englobe: el discurso narrativo de la adecuación o integración. Se continuaría así en otro nivel del desarrollo de la interpretación y valoración de la conquista americana el que Beatriz Pastor culmina con *La Araucana*, de Alonso de Ercilla, después de haber contemplado los casos de Cristóbal Colón (*Diario de Navegación, Cartas*), Hernán Cortés, (*Car-*

tas de Relación), y Alvar Núñez Cabeza de Vaca (*Naufragios*).

Este cuarto discurso correspondería más bien a los tímidos albores de una muy primaria conciencia nacional, el embrión de una protociudad latinoamericana muy en ciernes, donde se integrarían los distintos componentes desde la primera generación colonial, entre ellos El Inca y Tezozómoc, nacidos en presencia del hecho consumado que fue la Conquista.

Hombres en todo y por todo de su tiempo y su espacio, El Inca Garcilaso de la Vega y el mexica Fernando Alvarado Tezozómoc ilustran el inicio de un proceso de transculturación, más evidente en el primero de ellos, y condicionan su visión de la historia –en tanto pasado, presente y futuro– a su raíz de nación y de clase. Sus voces, más o menos encubiertas, son significativas no sólo por lo que dicen sino también por lo que callan, haciendo bueno lo que sobre la deconstrucción del discurso señala Foucault. Ambos son la expresión de un nuevo cosmos que se levanta, insensiblemente, sobre las ruinas humeantes del anterior. Es la voluntad edificadora del hombre, en su prístina esencia, de conservar a pesar de la destrucción, de crear y, sobre todo, de creer, en un largo y angustioso camino hacia las estrellas■

BIBLIOGRAFÍA

- Alvarado Tezozómoc, Fernando. *Crónica Mexicana*. Ed. Manuel Orozco y Berra. México, José M. Vigil en México, 1878.
- Bernal, Alfredo Alejandro. "La Araucana de Alonso de Ercilla y los *Comentarios reales de los incas*, del Inca Garcilaso de la Vega". *Revista Iberoamericana*, núms. 120-121, 1982, pp. 549-562.
- Chang-Rodríguez, Raquel. "Colonijaje y conciencia nacional: Garcilaso de la Vega Inca y Felipe Guamán Poma de Ayala". *Caravelle*, núm. 38, 1982, pp. 29-43.
- Choy, Emilio. "Garcilaso y la Inquisición". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, núms. 2-3, 1976, pp. 9-12.
- Garcilaso de la Vega, Inca. *Comentarios reales*. Ed. Aurelio Miró Quesada. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976.
- Durand, José. "De bibliografía indiana". *Revista Iberoamericana*, núm. 86, 1974, pp. 105-110.
- _____. *El Inca Garcilaso, clásico de América*. México, Sepsetentas, 1977.
- Fernández Sosa, Luis F. "Relectura de los *Comentarios Reales*: relato de Pedro Serrano". *Hispania*, núm. 62-4, 1979, pp. 635-646.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino. *Orígenes de la novela*. Tomo II. Buenos Aires, Emecé, 1945.
- Orozco y Berra, Manuel. Pról. a *Crónica Mexicana*, Fernando Alvarado Tezozómoc. México, 1878.
- Ortega, Julio. "El Inca Garcilaso y el discurso de la cultura". *Revista Iberoamericana*, núms. 104-105, 1978, pp. 507-514.
- Pastor, Beatriz. *Discurso narrativo de la conquista de América*. La Habana, Casa de las Américas, 1983.
- Pease G.Y., Franklin. "Review of *El Inca Garcilaso: clásico de América*, by José Durand". *Anuario de Letras*, núm. 17, 1979, pp. 366-369.
- Pupo-Walker, Enrique. "Sobre la configuración narrativa de los *Comentarios Reales*". *Revista Hispánica Moderna*, núm. 39-3, 1976-1977, pp. 123-135.
- Séjourné, Laurette. *Antiguas culturas precolombinas*. 15ª edición, México, Siglo XXI, 1985.
- Siemens, William Lee. "Viracocha as God and Hero in the *Comentarios Reales*". *Hispanic Review*, núm. 47-3, 1979, pp. 327-338.
- Zubizarreta G., Armando F. "Garcilaso Inca: un nuevo libro previamente reconocido". *Cuadernos Americanos*, núm. 219-4, 1978, pp. 177-179.